

Boris Vian

Con las mujeres no hay manera



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Elles se rendent pas compte*

Traductor: Josep Elías

Primera edición: 1990

Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Mujer en la puerta, hombre en los escalones*

© Laurent Hamels / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Société Nouvelle des Editions Pauvert, 1997

© Librairie Arthème Fayard, 2000 pour l'édition en œuvres complètes

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1990, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-145-9

Depósito legal: M. 12.312-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
13	Capítulo 2
22	Capítulo 3
27	Capítulo 4
31	Capítulo 5
42	Capítulo 6
48	Capítulo 7
53	Capítulo 8
57	Capítulo 9
67	Capítulo 10
74	Capítulo 11
81	Capítulo 12
94	Capítulo 13
99	Capítulo 14
105	Capítulo 15
109	Capítulo 16
117	Capítulo 17
123	Capítulo 18
130	Capítulo 19
150	Capítulo 20
154	Capítulo 21

Capítulo 1

Para empezar, esto de los bailes de disfraces es algo que debería estar prohibido. Son un coñazo para todo el mundo, y me parece que en pleno siglo XX no vamos a seguir vistiéndonos de bandolero siciliano o al estilo de *Tosca*, sólo para que te dejen entrar en su casa los padres de una chica que te gusta, pues a fin de cuentas éste era el problema. Estábamos a 29 de junio y al día siguiente Gaya celebraba su presentación en sociedad. En Washington, una pejiquera de este tipo significa mucho. Y yo, amigo de infancia de Gaya, algo así como hermano de leche..., bueno, ya os podéis hacer una idea. Rigurosa obligación de asistir; de lo contrario, sus padres no me lo hubiesen perdonado nunca.

Pero, en fin, ¿es que Gaya no hubiese podido debutar en sociedad como toda la sociedad en cuestión, con vestido de noche normal, y los chicos de esmoquin? Diecisiete años es una edad que ya no da para ir cargando todavía con pingos de teatro... A ver, de qué sirve.

Paré de hacerme preguntas y seguí afeitándome delante del espejo, uno de esos espejos que deforman la imagen; me hartaban tantas preguntas; habían conseguido cabrear-me. Me acordaba de la boca de Gaya, de las manos de Gaya, de lo demás... En suma, ya era lo bastante mañosa como para prescindir de esa farsa.

Bueno. Me estaba subiendo el cabreo de mala manera. Lástima que no estuviera aquí Ritchie, mi hermano. Le hubiese pedido que me tomara la presión arterial. Los estudiantes de medicina se pirran porque les pidan esas cosas. Exhiben máquinas niqueladas con agujas, esferas, tubos, y te cuentan los latidos del corazón o te miden el tamaño de los pulmones, como si toda esa tabarra hubiera valido alguna vez de algo. Pero ya me estaba despistando. Volví a pensar en Gaya.

Ah, pues ella se lo había buscado. Me iba a disfrazar de mujer. Y todos sus amiguetes se me acercarían como moscas. Hasta mi propio nombre, Francis, daría el pego. Los tipos entenderían Frances y ya la tendríamos armada. Gaya se pasaría la noche mordiéndose los puños por haber organizado un baile de disfraces. A ver si no hubiera estado mucho más bonita con una florecilla entre los dientes y su fantástica piel sobre los hombros, excluyendo cualquier otra sofisticación.

Desde mi ventana, de esas que se empujan hacia arriba, veía una parte de la estatua de Mc Clellan, la que está en el cruce de Connecticut Avenue y Columbia. Si forzaba la vista, llegaba a divisar una punta de la bandera de la legación finlandesa, entre Wyoming Avenue y California Street. Algo borrosa. Dolor de ojos. Cerremos la ventana. Me volví al espejo.

Cuando me hube afeitado como es debido, tenía el cutis más liso que una piel de rata auténtica; y con una pizca de maquillaje quedaría perfecto. Lo único que me preocupaba era la voz. Bah..., después de echar un trago, no habría ninguno de aquellos idiotas que se fijara. Lo que más me divertía era pensar que Bill o Bob me invitaran a bailar..., con los pechos falsos de mi madre y un slip bien ceñido, no corría ningún riesgo por lo que se refería a la fachada, aunque no sé si podría aguantarme las ganas de partirme de risa...

Por lo que hace al modelito, no me había roto la cabeza. Un vestido de los alegres años setenta, encajes, corsé, enaguas, medias negras de punto... y hasta botines de cabritilla, hijos..., todo un ajuar, conseguido con ayuda de los amigos que trabajan en el teatro.

Ahora, más vale quizá que me presente. Francis Deacon, salido de Harvard (no adrede, exactamente), provisto de un papá con el riñón muy bien cubierto y de una mamá extradecorativa. Veinticinco años, diecisiete en apariencia, y malas compañías; boxeadores, borrachos, alborotadores y bellezas de esas que confunden el amor con el dinero, excelente actitud. No soy mala persona. Me horrorizan los intelectuales. Me va más el deporte. Deportes tranquilos: judo, lucha libre, vela, algo de remo, esquí, etc. Con un aspecto lamentable –setenta y cinco kilos y cincuenta y seis centímetros de perímetro torácico. Mi madre me ganaba por uno. Claro que a costa de pagar a un montón de masajistas.

Me senté delante del espejo y cogí la porquería que tenía preparada para martirizarme. Una gruesa barra de cera especial, adquirida en el salón del chino de mamá.

El chino me había asegurado que la utilizaba con regularidad para depilar a sus clientes.

En una mano el encendedor, en la otra la cera. Encendí y la llamita azulada comenzó a enroscarse por el tronco cónico y translúcido.

Ya se iba derritiendo. Alargué la pierna y ¡bing! Apliqué la porquería a toda mi pelambre, «extendiendo rápidamente» como decía el folleto.

Tardé cinco minutos en recuperar mi sano juicio y entonces me puse a pensar que, en fin, si a las primeras de cambio la operación ya me costaba una lámpara de cristal y un espejo de dos metros por dos, más me valdría ir directamente a ver al chino. Consulté el reloj. Aún estaba a tiempo. Descolgué el teléfono. Al demonio la avaricia.

—¡Oiga! ¿Wu Chang? Aquí Francis Deacon. ¿Me puede conceder un minuto?

Dijo que sí, naturalmente.

—¡Ahora voy! —dije—. Dentro de cinco segundos estaré en su casa.

De todos modos, cinco segundos para un tipo renqueante es poco. Tardé diez.

Capítulo 2

Al ver cómo maniobraba Wu Chang, con toda objetividad, no me quedó más remedio que admitir que más valía caer en manos de un especialista.

—¿No dejará marcas? —pregunté a Wu Chang señalando la zona enrojecida de mi primer intento.

—Que va —contestó Wu Chang—. Todo lo demás se va a poner igual de rojo antes de cinco minutos, y dentro de una hora ya se habrá ido.

Me miró, pero no había modo de saber lo que pensaba. Estos chinos, como no los conozcas, no te enteras.

—Voy a un baile de disfraces —le expliqué—. Y he de llevar medias.

—Lo arreglaremos en seguida —dijo.

Extendía la cera, arrancaba, con gesto raudo y preciso, los pelos pringados y colocaba de nuevo la barra sobre una lamparilla de gas —¿os imagináis un pavo cuando lo flamean?, pues igual estaban mis pantorrillas.

Liquidó el asunto en media hora. Le di las gracias, le pagué y salí. Me picaba un poco, no mucho. Noté en el bolsillo el bulto duro del tarrito de crema que me había dado Wu Chang para untarme las piernas. Subí aprisa hasta mi segundo piso y me volví al tocador.

No voy a entrar en detalles de cómo me puse, pero cuando me miré al espejo del cuarto de baño (ya recordaréis que acababa de cargarme el del dormitorio) tuve la impresión de que si no me aguantaba, iba a pasar un mal rato. Me enamoré de mí mismo –tal cual...–, hijos, si hubieseis visto cómo me miraba esa chica, con mis propios ojos..., con todo lo que hay que tener –en la cintura, en los pechos (y de calidad, que mi madre no compra chucherías)–, y luciendo una estampa que hubiera chialao a los más duros del Bowery.

Le echo un vistazo al reloj. Al fin y al cabo, me he tirado tres horas y media. Depilación de los pelos, uno a uno, los polvos –ahora entiendo por qué la burra de Gaya siempre me hace esperar... Bueno, en realidad va la mar de rápido, si queréis que os diga lo que pienso.

Ya estoy en la calle. Espero que nadie se extrañe de ver que me subo a mi coche, pues, en serio, no es que precisamente me parezca a Francis Deacon... Ahora ya se me ha pasado el cabreo contra Gaya –sé de fuente segura que se va a vestir de paje–, pero con todo el pecho que tiene, ya me diréis quién no se va a dar cuenta. Yo, en cambio, apuesto a que me gustará ver si alguien me reconoce, hasta le daría doscientos dólares, como si los tuviera.

El viejo Cadillac de papá –es de hace dos años, me lo regaló cuando se compró el nuevo– me lleva hacia Chevy

Chase. Doblo por Grafton y cojo Dorset Avenue. Barrio de ricos –mis padres también tienen una propiedad por estos andurriales. Yo, en cambio, prefiero vivir en la ciudad–. Doblo a la derecha, me meto por uno de esos caminos privados. Al menos hay sesenta coches aparcados delante de la casa de Gaya, algunos en el jardín. Me enchufo entre el Rolls del chico de la Embajada británica, Cecil, y un viejo Olds 1915; será seguramente el de John Payne –mira que llamarse John Payne–. ¡Y qué cochazo, Señor!

Bajo. Hay un Chrysler blanco y enorme que llega un segundo después de mí, y el chico, cuando me ve, me lanza un guiño con los faros; como si estuviera en el ajo. Tranquilo, que no se me cae la peluca, puedes fisgarme desde cualquier ángulo.

Me recojo las faldas con delicadeza y subo los tres escalones del pórtico. Está lleno de luces y ruido, y suena una música. Una música que además es repugnante. Es que Gaya nunca tuvo ni idea; le basta con que sea dulzona.

Hago mi aparición. Hay toda una pandilla ahí dentro, y al menos quince rufianes sicilianos; eso, lo hubiera jurado. Oportunidad de lucir camisa muy escotada y calzones ceñidos para que las niñas noten, primero, que tienes pelo en el tórax (o que no tienes) y, segundo, que el Niño Jesús no se olvidó de ti a la hora de repartir encantos naturales (o que se olvidó; también es una ventaja, pues hay chicas que se asustan con eso).

Conque, de golpe, empino el busto hacia delante y mis pechos falsos me tensan la seda de la blusa con riesgo de reventarla. Están bien hechos, se ven las puntas en relieve.

ve. No falta; un Robin Hood alto y memo se acerca a invitarme, le tiemblan las manos. Resulta muy molesto que te lleve otro chico. Le causo un impacto terrible, debe de ser por el Soir d'Amour de mamá, me he vaciado el frasco entero en la cabeza. El chico casi se desmaya de sope-tón. Por suerte, se acaba el disco. Distingo a Gaya, junto al buffet, me está mirando con muy malos ojos. Va de pajecillo, ya me habían informado bien. Y tiene a su lado a un Lil'Abner enorme, y al otro lado un Supermán que pesará seguro treinta y cinco kilos... hay tipos bastante engreídos. Os repito que a Gaya no le hace ninguna gracia verme; la cuestión es que cosecho un cierto éxito; y la pobre no sabe de quién se trata. Me acerco. He encontrado la forma de hablar: una voz grave y velada, un poco ronca. Voy a fingir que soy una de esas viejas amigas de siempre.

—¡Hola, Gaya!... ¿Qué tal?

—Bien... —dijo—. ¿Quién eres? No te conozco.

—A ti, en cambio —repliqué—, se te conoce en seguida. No hay manera de confundirte con un hombre.

Quizá me estoy pasando. ¿Cómo se hablarán las niñas entre sí? No atino a saberlo. En el fondo, seguro que a veces se dicen atrocidades; en todo caso, no parece que se peque.

—Pues mira que tú, Flo, bonita, ni siquiera te has querido arriesgar —me dice Gaya mirándome el pecho con un mohín de falso desdén.

Me río, muy halagado(a). O sea, que soy «Flo».

—¡Oh...! —exclamo—. Lo he probado todo, pero no he logrado aplastarlos..., ¿sabes?, tenía ganas de vestirme de bandido siciliano..., pero creo que abultan mucho.

–Pues yo lo he conseguido –dice Gaya secamente.

El energúmeno disfrazado de Lil' Abner me coge por el talle.

–¿Cómo es eso? –me susurra, cerciorándose de que Gaya no nos oye–. ¿Eres Florence Harman? Vaya, vaya.

–Sí –digo–. No me vendas.

–Ya... Yo soy Dick Harman –me dice apretando fuerte–, y un cuerno voy a bailar con mi hermana. Además...

Se sonroja...

–Florence... no baila tan bien como tú. Y eso que te le pareces.

–¿Dónde está tu hermana? –pregunto.

Pues que corra por ahí una niña que se parezca a lo que soy en estos momentos, seguro que me interesa. El tal Harman se encoge de hombros. Ahora ya lo identifico. Es uno de los tíos del equipo de rugby de la Universidad, ya me lo presentaron una vez en casa de Gaya.

–Florence es una estúpida –va y dice–. Ha hecho la misma estupidez que Gaya. Se ha vestido de chico. Y te juro que... –y paf, le cuesta tragar saliva–. En fin –prosigue–, que se nota..., ejem..., igual que tú...

Me vuelvo a reír, divertida y en plan zorra.

–¿Qué sabes tú? –digo–. A lo mejor soy un chico.

Se me pone tierno y me aprieta. Vaya, qué desagradable que un hombre se ponga tierno y te apriete. Raspa y huele a crema de afeitar. Vivan las chicas.

–¿De qué va Florence? –digo.

–Quería disfrazarse de Tarzán –dice.

Esta vez, el sonrojo se le vuelve escarlata.

–Logré disuadirla. Va de señor francés, Luis XIV o Luis XV, no entiendo nada de todos esos números. Con

tacones altos. Mírala, allí está. La pelirroja. Con un antifaz de terciopelo.

El pobre Dick tiene cara de estar pasándolo horriblemente mal.

–Qué horror –me dice–. Invita a bailar a todas las chicas. Cree que la toman por un hombre.

–¿Y Gaya no la ha reconocido? –digo–. Me ha confundido con ella.

–Se ha teñido –dice Dick–. Y con el antifaz no es fácil. ¿Puedo pedirte el próximo baile?

–Prefiero que me presentes a tu hermana –digo con la mayor dulzura posible–. Me gustan mucho las chicas.

Me observa, francamente aterrado, rebosante de censura. ¡Uf, qué idiota puede llegar a ser un hombre! Le oprimo el hombro tiernamente.

–Por favor, Dick. Me llamo Frances.

A regañadientes, se encamina hacia su hermana. Parece que a Flo le encanta ver que caigo en su trampa. Seguro que le ha soltado un trepe a su hermano, pues éste regresa y dice:

–Mi hermano Johnny. Johnny, ésta es Frances. Le gustaría conocerte.

–Celebro conocerte... –me dice Flo-Johnny mirándome con ternura.

Nos estrechamos la mano. Al verla, comprendo por qué Dick no aprecia su disfraz masculino. Hijos, los pechos falsos de mi madre no son nada al lado de éstos suyos de verdad. Lo curioso es que parece emocionarse por mis encantos. Otra más que cree ser una nueva Safo. Es la monda. Qué decepción más terrible va a tener en la práctica.

Bailo una vez con ella y, tras darle pruebas de mi interés, la dejo para aceptar la invitación de media docena de chicos..., éstos de verdad. Gaya está furiosa. Me rodean demasiados, para su gusto... Hasta le pega una bronca al pobre Dick Harman. Sigue creyendo que soy la hermana Flo y el infeliz no se atreve a desengañarla. La verdadera Flo-Johnny me sigue a la pista y cada vez que me invita un chico, me pone mala cara... Yo me divierto como un loco y, de vez en cuando, adopto unas posturas culonas, cogidas sin reparos de nuestra querida Betty Hutton; ella sí que sabe lo que es menear las cachas en un estilo 1890. Por fin, hacia las tres de la madrugada, Flo consigue echarme el guante. Ya hay varias parejas sólidamente constituidas, y otras a punto de romperse por culpa de una ebriedad parcial. Gaya ya ha perdido toda esperanza de que la crean un hombre. Está bailando con un tipo bastante birria; no va disfrazado. No lo conozco y me pregunto qué le habrá visto Gaya. Mientras Flo se aprieta contra mí y procura inculcarme su emoción mediante discretas alusiones, vigilo a Gaya por el rabillo del ojo. Se diría que el tipo la tiene totalmente en su poder, cuando él le habla, ella baja los ojos y asiente con un mohín de bebé azotado. Qué raro.

—Vaya —me dice Flo—, conquie te da igual lo que digo, ¿eh?

—¡Perdón! —exclamo, pues estaba pensando en otra cosa.

—Te he preguntado si querías que te acompañara, has preguntado por qué, y te he dicho por qué.

—¿Por qué? —repetí.

—Porque me gustas mucho... físicamente —me dice Flo-Johnny.

Me río, pero para mis adentros. Por fuera, cultivo una expresión turbada.

–No digas estas cosas –digo–. ¿No te das cuenta de que sé muy bien que eres una chica?

Estas palabras la excitan aún más.

–Lo sabías, ¿eh...? –dice.

Y su mano acaricia suavemente uno de mis opulentos atributos..., uno de los atributos de mi mamá, debería decir.

–Sí –digo bajando la vista para alzarla en seguida.

Intento adoptar una fisonomía voluptuosa. Os juro que es trabajo fino. Sobre todo teniendo ganas, como yo, de soltar el trapo hasta reventar.

–¿Y... qué contestas a mi pregunta? –dice respirando más aprisa.

La miro. Es una chica soberbia, a pesar de la idiotez de su disfraz. Tiene ojos zafiro y una boca carnosa con los dientes más bonitos del mundo, un óvalo con agujeritos, un cuello bien torneado..., las piernas son de primera calidad. En cuanto a lo demás, esta estupidez de traje Luis XV lo disimula todo. Francamente..., quedará defraudada en sus impuros deseos, pero ya sabré consolarla...

–Me parece bien que me acompañes a casa –digo–, pero no puedo irme ahora. Aún debo esperar un ratito. ¿Quieres que nos encontremos en la puerta del jardín dentro de veinte minutos?

–¡Claro! –susurra ella, sin aliento.

Se acaba el disco.

–Hasta pronto –digo estrechándole la mano con ternura.

Capítulo 2

Y después me largo a escape hacia la puerta que da al vestíbulo, por donde acaba de desaparecer Gaya con su bailarín.

Un tipo que no recuerdo, ya os lo he dicho. Quiero ver la cosa de cerca.

Capítulo 3

La casa de los padres de Gaya es un buen caserón bien amueblado, aunque también muy recargado. Una de esas chozas construidas de modo que recuperen toda la luz del día, cuando es de día, naturalmente, y esto por medio de un montón de esquinas, de verandas y de paredes de vidrio. Esta solidez, este espesor se explican porque, a fin de cuentas, Washington no es California y en invierno hace falta un poco de protección. Por suerte, conozco el camino y sospecho que Gaya se habrá subido a su habitación del primero. Apoyo el pie en el escalón y veo que baja el fulano antes mencionado. A estas horas, los criados ya duermen y los padres de Gaya se han concedido un descanso, seguro que bien merecido, pues al empezar la velada ha habido abundancia y profusión de viejos despojos de todo tipo. De todos modos, no deja de ser divertido que este fulano, nunca visto por mi parte, tenga tanta intimidad con Gaya para acompa-

ñarla a su habitación. Me importa un rábano que la acompañe a su habitación, pero me extraña no haberlo visto nunca. Justo cuando pasa por mi lado, tropiezo y nos agarramos.

–¡Perdón! –digo, coqueta y dulce.

–Lo siento –dice el fulano.

Me dedica una mirada precisa, escrutadora y completamente helada.

–He tropezado con un escalón –digo.

–Ya veo –dice.

–No conozco la casa... Y, además, he bebido un poquito...

–Hace mal –me dice–. Hay cosas mucho más bonitas.

–No sé cuáles –replico, muy distinguida–. A mí, beber me fascina.

–Como quiera –dice.

Se calla. Está claro que quiere marcharse. Aun así, estoy la mar de pícara con mi vestidito.

–Bueno..., adiós –dice.

Y se va, sin más. Le llamo.

–¿Está arriba Gaya?

Se detiene.

–No –dice–. Creo que está en la cocina. Tenía hambre. Es por ahí.

Me indica el camino. Sin equivocación posible, también sabe dónde está la cocina. Y esto sí que es deporte. En casa de Gaya, para encontrar la cocina, hay que llevar al menos diez años. Pero, carajo, ¿no parece maquillaje lo que luce éste en la mejilla? Sin embargo, va de esmoquin.

–Gracias –digo.

Simulo tomar esta dirección, pero cuando veo que entra en la sala donde baila la gente, me lanzo a la escalera y subo de cuatro en cuatro. Entro sin llamar. Hay una cierta penumbra, están encendidas todas las bombillas del cuarto de baño y la puerta entreabierta deja pasar luz suficiente para leer un libro sin gafas de sol. Me tropiezo con Gaya sentada en una silla, la expresión grogui, una sonrisa estúpida en los labios. Está pálida, tiene las fosas nasales muy prietas.

–¡Gaya! –digo con mi voz normal–. ¿Te encuentras mal?

Me mira a través de la niebla.

–¿Quién..., quién es...? –dice.

–Francis –digo–. Francis Deacon.

–¡Es Flo!... –suspira–. Flo con la voz de Francis..., esta vez, no me ha robado. Es de la buena.

Se echa a reír, con una risa que pone enfermo.

–Gaya..., ¿qué te pasa? –digo.

–No me ha robado –repite, pastosa.

Me acerco a Gaya y le suelto un par de tortas, por ver si corta. Echo un vistazo al lavabo. No, no está enferma. No ha bebido. No huele a nada. Ni a alcohol, ni a marihuana.

–Déjame en paz –dice Gaya.

La miro de cerca. Tiene la nariz encogida y unos ojillos que casi no se ven. La pupila totalmente cerrada. Ya me voy haciendo una idea. Miro a mi alrededor. Nada. Lleva desabrochado uno de los puños. La arremango. Entera-do, tía.

De momento, no hay nada que hacer. Meterla en cama. Dejar que digiera su dosis. Morfina o lo que sea. Pues

eso es lo que tiene en el brazo. Una buena decena de puntitos rojos, marrones o negros según su grado de antigüedad. Hay uno muy reciente. Aún corre por la piel una gotita de sangre.

Ya ves. Una chica de diecisiete años. Igual de proporcionada que la Venus de Milo, pero con brazos –quizá no sea algo que os guste, pero es que entonces seguro que tampoco os gusta una buena yegua bien plantada–. Una chica con unos muslos, unos pechos y un cuerpo de los que no abundan, y una cara bonita de esclava, algo chata, con los ojos oblicuos y los cabellos rubios muy rizados. Y para colmo, una chica que puede vivir a su antojo. Tiene diecisiete años; es como es y hace colección de pinchazos de morfina, suministrados por un tipejo que se parece a un chulo de baja estofa... y que además va maquillado. Como lo oís. Si es que son unas burras. La agarro y la pongo en pie.

–Anda, ven, tonta del culo –le digo.

Me da igual que ahora entre alguien. No os olvidéis de que voy vestido de mujer..., no hay nada raro en ver que una vieja amiga acuesta a otra vieja amiga porque ésta ha pimplado un poco más de la cuenta.

Si todo se limitara a eso. Gaya, nena, te voy a venir a ver uno de estos días, y te prometo que te acordarás del rapapolvo. Le quito la blusa de seda y el chaleco pequeño y ajustado –ya no sé qué nombre recibe esta prenda–. La muy burra se ha sujetado los pechos con una venda para que ocupen menos sitio. Porrás..., como si yo tuviera algo que objetar. Los míos son falsos. La despojo de sus calzones de terciopelo y de sus medias de seda. Ya la tenemos en plan recluta listo para la revisión. Titubea y